

	De la vuelta. . . .	\$468 48
Sr. D. Gregorio Juarez.	„	0 12
„ „ Miguel Rodriguez.	„	0 12
„ „ J. Manuel del Pozo.	„	0 50
„ „ Agustín Roldán.	„	0 06
„ „ Bibiano Martínez.	„	0 50
Sra. D ^a Inés Carrillo de Alvarez.	„	10 00
„ „ María de J. Priego.	„	1 00
„ „ María Ana Priego.	„	1 00
„ „ Rosario Perez Salazar.	„	2 00
„ „ Jerónima Juarez.	„	4 00
„ „ Guadalupe Cortez.	„	1 00
„ „ Brígida Cortez.	„	1 00
„ „ Luz Diaz.	„	1 00
„ „ Micaela Priego del Pozo.	„	0 50
„ „ Josefa Ata.	„	0 06
„ „ Luz Mendoza.	„	0 06
„ „ Rafaela Mota.	„	0 06
„ „ Carmen Apantenco.	„	0 06
El Sr. Pbro. D. Ramon Ibarra dió un precioso anillo de diamantes.		
Suma.....	\$	491 52



DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA

SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS

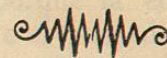
DEL SEMINARIO CONCILIAIR DE LEON

la noche del 27 de Agosto de 1899

POR SU AUTOR EL

Sr. Pbro. Victoriano Olivares

Catedrático del tercer año de Filosofía del mismo Seminario.



LEON.—1899.

Tip. Guadalupana de Camilo Segura.



M. I. Sr. Gobernador;

SEÑORES:

DESDE que, siendo alumno de este plantel, observé la primera vez esta clase de solemnidades, sospeché que la terminación del curso de Artes debía ser un asunto de no pequeña importancia.

Hoy, después que diez y siete veces he visto y presenciado en otros tantos años igual acontecimiento, tengo por cierto que la conclusión del curso de Filosofía, es un caso extremadamente serio así para el profesor que lo ha regentado, como para los alumnos que á él han asistido.

El profesor pone término á la educación más laboriosa y al propio tiempo la más trascendental en la vida ulterior de sus alumnos. Puede asegurarse con verdad, que ha formado en sus discípulos á los hombres del porvenir, porque la educación filosófica es la que hace realmente al pensador, y el pensador es el hombre de la época en que vive, el sacerdote que la bautiza, el espíritu que le da la vida misma que lo anima.

Los alumnos así formados, son los disciplinados obreros del pensamiento, que, al salir de la escuela, se acercan á los umbrales del mundo y toman asiento en él para desempeñar en su seno el papel que la Providencia les ha marcado. Sea por el camino de las ciencias, sea por el de las artes y oficios, sea por el de los varios

estados y profesiones de la vida, ellos entran, desde aquel momento, en el gran escenario del mundo con aire de propia determinación y de señorío racional, fruto de las ilustraciones previas de la escuela.

Ese periodo, en consecuencia, no puede ser más crítico, ni presentar una seriedad mayor.

Por la parte grandísima que á mí toca en la clausura del curso que hoy espira, siento el alma llena de pavor, contemplando todos mis afanes al frente de un mundo saturado completamente de ateísmo. Temo que, apesar de la rectitud y solidez de las doctrinas filosóficas que se han impartido en la cátedra que bondadosamente me confió esta casa, tarde ó temprano, los alumnos ya en el mundo, paladeen y concluyan por hacerse partidarios de lo que ha dado en llamarse: *despreocupación progresista y científica*, y que no es en verdad, sino la bebida intoxicante que ha dado muerte á la sociedad, el ateísmo.

A favor de un escrupuloso análisis, obsérvase en efecto, señores, que sean cuales fueren los errores que militan contra la sana Filosofía, y que aspiran al envidiable rango de principios moderadores de las inteligencias así en el orden social como en el religioso, reconocen ellos por fondo común el ateísmo, y es éste su ideal más ó menos encubierto con el embozo deslumbrante de palabras y de nombres que maliciosamente se han inventado.

Comenzóse, bien sabido se tiene, por separar y alejar al hombre respecto de Dios en nombre del progreso y de la ciencia, y esta separación, á que con asombro de la sana razón se ha llamado progresista y científica, ha sido siempre el intento perseguido por el error en todos los siglos, y es todavía el ensueño funesto de nuestros días. Esta labor netamente diabólica, por distintos caminos ha llegado invariablemente á un mismo resultado: el ateísmo en las costumbres, el ateísmo en los principios, el ateísmo en los individuos, el ateísmo en el Estado.

¿No es, pues, el cuadro que presenta el mundo desde este punto de vista, un motivo de serios temores acerca de la suerte que podrá correr la semilla de la sana doctrina filosófica en los alumnos que tuvieron la ventura de recibirla y se acercan luego á esa gran Babilonia? Sí que lo es, y para conjurar en la medida de mis fuerzas los que yo abrigo, me propongo en esta solemnidad, hacer el examen del valor progresista y científico del ateísmo, ya que todo su prestigio en la sociedad moderna lo debe á esos títulos.

Mi trabajo en esta vez, no tiene seguramente, señores, el atractivo de la novedad, pero sí lo he juzgado conveniente y aun oportuno en atención á las circunstancias en que me hallo colocado. Os ruego, pues, me seais indulgentes en todo.

Todo sistema que propende á ganarse la estima y el asentimiento de los hombres hasta el señorío y el dominio sobre los mismos, hace invariablemente dos cosas: prestigia y denigra, prestigia lo que propone y denigra lo que combate.

Para el prestigio novedad que ofrece, escoge las palabras y los términos de mayor halago en orden á las inclinaciones del hombre, las frases que armonizan mejor con sus aspiraciones, y que, por lo mismo, prometen un resultado muy seguro en punto á dominarlo. Por el contrario; para la denigración de aquello que combate ó pretende sustituir, sírvese de aquellas palabras, y hace uso de aquellos calificativos que mayor desprecio engendran por el objeto que censura y cuya destrucción y muerte se propone.

Perteneciendo á esta clase de sistemas el que ahora tengo en ánimo estudiar, hizo su entrada en la sociedad humana, siguiendo en todo, ese programa común de ataque.

Su primer propagandista, su apóstol y autor primero, el demonio, indujo al hombre á que viera en el antiguo régimen, en el orden primitivo establecido por Dios, en el reconocimiento de la creatura respecto de

su Creador, no menos que una mentira y un ruin egoísmo de la Divinidad. “¡Mentira que moriréis!” dijo la serpiente del paraíso, “el motivo que tuvo Dios para prohibiros la fruta de ese árbol, es porque sabe que en el punto mismo en que la comáis, se abrirán los ojos de vuestra alma:” he aquí la denigración. En seguida, para determinarlo definitivamente á la negación de Dios por la insubordinación, le propone un progreso el más elevado y una ciencia la más completa, en estas palabras: “Seréis como dioses, concedores del bien y del mal:” he aquí el seductor prestigio de la novedad que nuestro sistema ofrece.

Tal fué, señores, la táctica insinuante con que se dejó ver el ateísmo al hacer su aparición cerca del hombre, la misma que ha observado en todo el curso de los siglos, exactamente la misma que sigue todavía en nuestros tiempos; porque el ateísmo, lo diré siempre con acento de convicción muy seria, es el sistema erróneo de todas las edades, el trascendental de todos los errores, el centro á que todos convergen y en torno del cual gravitan, el monstruo asolador que de centuria en centuria se ha presentado siempre, oculto con el disfraz de palabras tentadoras.

Una cosa, sin embargo, dignísima de nota hallo á este propósito en el estado actual de la propaganda, es la siguiente: Su primer demagogo, apesar de su astucia tan superior, cualidad que Moisés no pasa en silencio, no tuvo empacho alguno en tildar á Dios de mentira y falsedad y acusarlo como reo de una emulación manifiestamente indigna. Una franqueza semejante empleada en la actualidad, pondría en manifiesto peligro la empresa y aun le haría perder mucho terreno en orden á sus resultados, por no decir que sufriría un fracaso completo. Por esto, los últimos cutillos de la revolución ateísta, tomando en cuenta una circunstancia tan seria, y más astutos que la misma serpiente, suavizan, sin cambiar en fondo, la denigración reglamentaria, y así dicen á la humanidad: “Dios

es una preocupación que debéis deponer en nombre del progreso y de la ciencia. Os convocamos, pues, á una despreocupación progresista y científica.”

He aquí señores, la última etapa, la fórmula moderna en que nos habla el ateísmo, y merced á la cual ha viciado las costumbres, ha envenenado los principios y tiene aprisionados á los individuos y al Estado.

Presentado el enemigo tal cual se deja ver, y empeñado como estoy en hacer el examen de su valor progresista y científico, permitidme que, guiado por la intuición certera de la sana filosofía, aborde ya mi asunto, satisfaciendo á estas dos preguntas: ¿El ateísmo es en verdad progresista? ¿Tiene razón en presentarse y ofrecerse como sistema científico?

Para contestar imparcialmente y con exactitud á la primera, es necesario volver antes la vista sobre la naturaleza del progreso y señalar de antemano los diversos ramos que abarca.

El progreso, en la acepción comunísima que á esta palabra señala el diccionario de nuestra lengua, es la acción de ir hacia adelante, adelantamiento, perfeccionamiento. Según esta noción generalísima que ninguno de vosotros rehusará, sopena de renunciar por el mismo hecho al idioma en que se expresa, el progreso es el movimiento hacia lo mejor, el paso de lo menos perfecto á lo que lo es más, el avance de lo pequeño á lo más grande, el ascenso de lo inferior á lo superior, el acto de elevarse y de perfeccionarse, en una palabra, el engrandecimiento del ser.

Considerado en el hombre, es el progreso, en un sentido menos general pero más elevado, una palabra que resume las tendencias y las profundas aspiraciones, no de una sola generación y en determinado espacio de tiempo, sino de la humanidad en todos los siglos, pues es la marcha del hombre hacia su destino, el ahinco de su corazón y el vuelo de su inteligencia en dirección al ideal de perfección que naturalmente busca, y cuya simpatía y amabilidad le imprimen

un movimiento que, de grado en grado, le hace subir continuamente hacia él, forcejando siempre por alcanzarlo.

Estas expresiones, encaminadas todas á diseñar la naturaleza del progreso de cabal acuerdo con el genio de nuestra lengua y en plena conformidad con el sentir de la buena filosofía sobre la materia, nos dejan comprender muy bien que, si la palabra tuvo novedad, si la voz ocupó asiento en el estandarte de lo moderno; su sentido, la idea entrañada en ella, la necesidad expresada por ese vocablo, es tan antigua como legítima, nació con el hombre y la reclama con imperio su misma naturaleza.

En efecto: creando Dios al hombre, según la expresión bíblica, "á imagen y semejanza suya," lo previó de aquellas facultades que no sólo remedan el ser divino, sino que con su ejercicio y legítimo desarrollo, con el ensanche indefinido de que naturalmente son susceptibles, llegarían á convertirlo en un trasunto de la Divinidad, en una copia fidelísima de su Autor, quien desde luego se constituye su modelo, su tipo infinito. Así entiende la escuela católica estas palabras del Génesis: "Crió Dios al hombre á su imagen: á imagen de Dios lo crió." Ahora bien; esta obra excelentísima de Dios, no sigue únicamente la senda, inconsciente en muchos casos, que la filosofía espíó ya en el estrecho eslabonamiento de las causas, y que tiene consignada en el invariable repertorio de sus principios en estos términos: "Todo agente produce un semejante á sí;" no, es, además, un intento soberano, un diseño excogitado antes de su ejecución por el Artífice divino, mantenido con viveza en el momento de realizarlo, y encontrado tan perfecto á la conclusión de la obra, que mereció las bendiciones de su Autor excelso.

No creo, señores, que sea necesario insistir más sobre la hermienéutica de las escenas bíblicas á que vengo aludiendo, para convencernos de que el progre-

so, sustancialmente considerado, nació con el hombre y es una necesidad en alto grado legítima, emergente de su misma constitución.

Cerraré, sin embargo, este punto, diciendo que, formado ya el hombre, según el modelo que á Dios plugo señalarse, dióse luego principio á su progreso, recibió éste allí mismo el impulso divino al vibrar aquella palabra omnipotente que lo consagra para siempre en el transcurso de todos los siglos y en la sucesión de todas las generaciones, "Crescite:" "Creded," he aquí el progreso en acción desde la cuna del hombre bajo el imperio de Dios, quien siempre lo ha de nor-tear hasta que tengan fin las evoluciones del tiempo, replegándose para siempre el inmenso cortinaje de los siglos.

Excusado parece añadir, señores, que esta palabra "Crescite," pronunciada por el divino Autor de nuestra especie, en armonía perfecta con la constitución de la naturaleza humana, impone al hombre un progreso universal: progreso en sus facultades, progreso en su entendimiento, progreso en su corazón, progreso en todo su ser, progreso, también, en todo aquello que á su conservación, bienestar y mantenimiento del mismo, dice relación. Progreso universal trazado por Dios mismo en este pasaje del Génesis que leo á continuación de nuestra palabra "Crescite:" "Multiplicaos, enchid la tierra, sojuzgadla; tened señorío sobre los peces de la mar, sobre las aves del cielo y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra."

Es, pues, bastísimo el campo del humano progreso, multiplicadísimos los ramos que abarca, y numerosas en gran manera las esferas á que se extiende.

Mas como en la obra de Dios todo se halla ordenado, y, á decir de la filosofía teológica, las cosas inferiores no sólo tiene relación estrecha con las superiores, sino que aquellas están incluidas en éstas, fácil y cosa muy recta será establecer, que los progresos humanos de un orden superior y de mayor importancia, incluyen á

los inferiores, á los que son de un orden secundario y los cuales sólo tienen ser y desarrollo, en tanto que sirven á los primeros y conservan con ellos armonía muy perfecta.

Ahora bien: nadie que haya siquiera sea cruzado por las escuelas de mejor nota, ú oído hablar de sus enseñanzas más elementales sin ocupar nunca un asiento cerca de sus cátedras, negará que la voluntad y el entendimiento son las facultades más nobles que lleva en sí el hombre, aquellas que lo embellecen sobre manera, que lo especifican y constituyen, aquellas, en fin, sin las cuales no sería el hombre. En tal concepto, nadie negará igualmente, que el progreso en esas facultades es imperiosísimo, es una obligación preeminente, un deber á cuyo cumplimiento nadie puede substraerse sin hacerse reo de lesa naturaleza.

Siendo ello así, el ateísmo que se ha presentado siempre como sistema de progreso y de ciencia, debe poner su mano de una manera especial sobre la voluntad y el entendimiento del hombre, debe hacer avanzar y proporcionar engrandecimiento á esas facultades, si es que habla en términos formales al hacer su aparición y lanzar al mundo su peregrina convocatoria.

Reservando para la solución de la segunda de las dos principales cuestiones, el examen del valor científico del ateísmo por exigirlo así la índole de su proclama, preguntémosle ya con dulzura pero no con debilidad: "Salvador extranjero, sistema del progreso, ¿cuál es el que prometes y seguramente has realizado en la voluntad humana, á juzgar por la duración antiquísima de tus labores?"

Esta pregunta, señores, apesar del aire halagador y dulce que le damos, es un rayo á que si el ateísmo hace frente, no se mantendrá en pie, caerá, morirá desastrosamente; pues obligado por ella, tiene que señalar con el dedo lo que realmente ha hecho con la voluntad, ó no señalar nada después de tanto alarde y vocerío con que aturde. Sea cual fuere el camino que

se vea estrechado á seguir, el rayo no se desvía, la muerte le aguarda, ó, por lo menos, una existencia cínica y desvergonzada.

Pero tened por cierto, señores, que nuestro sistema no contesta ó contesta un despropósito; conosco su eterna manera de proceder cuando se ve asediado por el reporterismo filosófico y se trata de sujetarlo al judicial cuestionario de la escuela. Por esto, sin más espera, permitidme haga yo sus veces, así en la respuesta verdadera como en el despropósito.

¿Cuál es el progreso que proyectó y tiene realizado ya el ateísmo en la voluntad humana? El único proyectado, porque ha sido también el único hasta la fecha realizado, es la separación de la voluntad respecto de Dios, separación que ha sido la ruina, el envilecimiento, la desgracia y la muerte del hombre.

En efecto; la voluntad quedó con ello arruinada y envilecida, porque su ser, su grandeza y su elevación deben tomarse siempre del bien, pues es facultad nacida únicamente para buscar y entrar en posesión del bien.

Quitado ese objeto, la voluntad no solo queda sin razón de ser, sino que toda su grandeza truécase en completa miseria, toda su elevación en consumado envilecimiento. Mas el bien verdadero, el bien por excelencia, el bien de dimensiones infinitas y capaz por lo mismo de llenar las ilimitadas aspiraciones de la voluntad, es únicamente Dios; Dios de quien el ateísmo separa y ha separado siempre la voluntad á título de progreso. Luego nuestro sistema propónese hacer progresos en esa facultad, separándola, privándola de su objeto y natural destino. ¡Vaya un progreso antifilológico, un progreso que retrocede, un progreso que arruina y envilece, un progreso, en fin, que deja sin razón alguna de ser á su favorecido.

Pero no es esto sólo, señores; el progreso que nuestro sistema opera en la voluntad, es además la desgracia y la muerte del hombre.

La voluntad separada de Dios, sin ese norte divino